EL LOCO DEL BISTURÍ

Yasmina Khadra

EL LOCO DEL BISTURÍ

Traducción del francés
por Wenceslao-Carlos Lozano

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, octubre 2015

© Yasmina Khadra, 2015
© De la traducción, Wenceslao-Carlos Lozano, 2015
© Esdrújula Ediciones, 2015

ESDRÚJULA EDICIONES
Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada
www.esdrujula.es
info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz
Diseño de cubierta: Perroraro (www.perroraro.es)
Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1253-2015
ISBN: 978-84-164851-8-5

Impreso en España · Printed in Spain

A veces basta con tener el valor de hacer el ridículo para romper el cerco de la rutina y encontrar, más allá, una pista nueva, otra oportunidad de volver a empezar.

JOHN STEINBECK

1
Muerte en directo

Hay cuatro cosas que odio.

Una: que beban de mi vaso.

Dos: que se suenen los mocos en un restaurante.

Tres: que me den plantón.

Cuatro: estar sin dar golpe en mi asqueroso despacho, al fondo de un pasillo deprimente donde combinan de maravilla el pestazo a letrinas y las corrientes de aire.

Hoy como ayer y quizá mañana, ando tan deprimido como un juerguista en una mezquita, hastiado de los pocos informes que, para dar el pego, dejo esparcidos sobre mi mesa. Tienen tantas marcas de huellas digitales como la piel de un leproso. Casos gilipollescos de moral pública, coñazos rutinarios de poca monta capaces de adormilar a un gato sobre sus excrementos. Testimonios mosqueantes, denuncias anónimas, declaraciones esquizoides propias de lunáticos… Total, para echarse a llorar.

Me huelo que el jefe está detrás de todo esto. Como somos de la misma promoción, no para de putearme. Me

endiña todos los marrones para que me idiotice un poco más.

El jefe es un mindundi de tres al cuarto. Al principio nadie daba un duro por él. Una sesera de mosquito. Hasta que le salió un cuñado burócrata y empezó a saltarse los grados en la jerarquía como un borracho los semáforos. Se le abrió el cielo de la noche a la mañana y ahora resulta estar al mando de aquellos que se cachondeaban de él. ¡O sea que el jefe se está vengando!

En un país cuya escala de valores parece una vulgar escalera de mano, el oportunismo está a la orden del día.

Y yo hago tiempo en mi despacho con los dedos cruzados detrás de la nuca y los pies sobre la mesa. Más aburrido que una ostra. Llevo un buen rato pendiente de los vaivenes de una cucaracha por las paredes. Corre, se para en seco, se larga, vuelve, se lo pasa bomba. Al final me harto y cuando cae sobre mi mesa la aplasto de un zapatazo. Al reventar, una mancha blancuzca salpica la foto de un sospechoso y los folios más cercanos.

Veo la ciudad enfurruñada por la ventana repleta de cagarrutas de moscas. A lo lejos se yergue el Maqam envuelto en su mortaja como un fantasma revanchista deseoso de espabilarnos a base de patadas en el culo.

No falla, cada vez que veo el Maqam pienso en una palmera. Por mucho que detenga la mirada en su monumental trípode y me estruje el coco, nada justifica esa insólita presencia de un árbol en mi mente. Sin embargo, estoy seguro de que hay una relación. Es verdad que no tengo muchos estudios, aunque sí una intuición capaz de

dar el pego a la vidente más avispada. Así que ¿qué coño pinta esa jodido palmera en mi cabeza? Un estudioso del Corán me sugeriría que se edificó el Maqam donde antes se erguía un roble morabito o alguna palmera sagrada… Pero ahora, de pronto, caigo en la cuenta.

¡El Maqam, colegas, es el árbol que oculta el bosque!

Al fin y al cabo, ¿qué es Riad el Feth? Es esa gran muralla falaz que oculta la negrura de las casas baratas superpobladas, la chiquillería chapoteando en las charcas pútridas, las familias archinumerosas hacinadas en pisos de dos habitaciones, sin agua corriente ni calefacción ni las menores comodidades, y embobadas ante una tele embrutecedora a más no poder. Eso es el Maqam: los espejismos de un pueblo cornudo y apaleado, las joyas de baratillo de una nación saqueada, concubina ocasional, seducida y abandonada las más de las veces. ¿El Maqam? Es ese árbol desvergonzado que acorrala arbitrariamente en los más sombríos rincones a una humanidad traicionada, vilipendiada, a una juventud desencantada, reducida a la nada, abocada al vicio y a las quimeras de la utopía; un nutrido gremio de parados, de borrachos, de chiflados y de desesperados que se va inexorablemente sumiendo en la hiel y el despecho, y al que no consiguen animar ni los chistes del humorista Fellag.

Al Maqam Ech-Chahid los mártires le importan un bledo. Su marcial estampa es el fiel reflejo de las fortunas consolidadas.

Mi mirada de desengaño se aparta de él para fijarse en la mesa de Lino, mi subalterno. Ha vuelto a dejar un

folio colocado en su máquina de escribir. He conocido a un montón de capullos despistados en mi perra vida, pero Lino se lleva la palma. Sería capaz de dejarse olvidado el pantalón en el váter si le diera por quitárselo.

Lino es un gafitas sesudo que se pasa la vida leyendo novelas policíacas para parecer culto. No pierde la oportunidad de confirmarme que los libros solo valen para los cretinos perezosos. Yo no tengo estudios secundarios —el jefe tampoco— aunque eso no me ha impedido llegar a comisario. La vida es una chapuza: lo que importa es ser mañoso. Conocí a uno en el barrio que se fue a Norteamérica para hacer un doctorado o algo parecido. Pues bien, el pobre diablo sigue lampando por un curro.

Lino no tiene nada en común con su tocayo Lino Ventura. Lo he apodado así porque se parece asombrosamente —¡Alá es la suma perfección!— a esos monstruos repulsivos que viven en los abismos oceánicos y que los científicos denominan *Lino arborifer*.

Mira por dónde, hablando del rey de Roma, Lino asoma su tontorruna jeta por la puerta entreabierta.

—¡Hola, comi! Hay novedades en Souk el Fellah.

—¿Han tiroteado al gerente?

Lino se queda cortado. Se quita las gafas de culo de vaso, las limpia con el jersey, se las vuelve a poner y me mira como si fuera el mismísimo Iblis.[1]

—¿No puedes pensar en otra cosa, comi? No estamos en Londres.

---

[1] *Iblis* es el Maligno en árabe clásico. (Todas las notas son del autor)

No sé lo que entiende por Londres pero le replico:

—Si estás pensando en largarte hoy también, estás más que equivocado.

—¡Es que han llegado frigoríficos de doble puerta, comi! —exclama en un amago de entusiasmo.

Permanezco más impávido que una lápida sepulcral.

Le digo:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que dejes de llamarme comi? No somos coleguitas.

—Perdona, comisario, se me ha escapado.

Me quedo un rato mirándome las uñas roídas de tanto nervio y, así como quien no quiere la cosa, le suelto:

—¿De doble puerta, estás seguro?

El subalterno se anima y contesta piafando y babeando como un penco:

—Lo sé de buena tinta, comisario. Me lo ha contado un plumilla de *Horizons*. Acaba de escribir un artículo sobre el tema. Al parecer hay un montón de gente rondando por los almacenes.

—Mantengamos la calma —le aconsejo.

Y es que, tal como están las cosas, esto de los frigoríficos no es asunto baladí. Agarro el teléfono y marco el número de un gerente al que tengo bien agarrado por los mismísimos desde aquel crapuloso caso de malversación de fondos. Este contesta a berrido limpio. Me presento y se pone más suave que un guante de cabritillo. Le ordeno que me aparte un congelador y cuelgo.

Lino se queda alucinado, como si fuera una vaca viendo pasar a un cristiano.

—¿Y yo? —farfulla.

—¿Qué pasa contigo?

—Le has dicho uno… ¿Y qué hay de mí?

—Ya te tocará cuando seas todo un comisario como mi menda. Y así y todo está por ver. Con estos nuevos aires de democracia…

Puede que les resulte un tanto ramplón, pero esto es lo que hay.

Por supuesto, me gustaría tener un discurso más refinado, inteligente y un pelín pedantesco, saber comentar una obra, poder captar la fuerza de Rachid Mimouni, inspirarme en un Moulessehoul y también aprehender ese algo táctil que hace tan encantador a Nabil Farès, pero hay un trecho entre lo que uno quisiera y lo que no tiene más remedio que hacer. En los tiempos que corren, la cultura es pura farfolla.

Así que aquí estamos Lino y yo, soltando idioteces y haciendo el memo, y lo último que se me ocurre pensar es que dentro de unos minutos voy a vivir una de las historias más espantosas de asesinatos y de horror que el país haya conocido desde julio de 1962.

Sigo chinchando a mi subalterno hasta que suena el teléfono. Al descolgar oigo un jadeo.

—¡Diga! —aúllo.

Percibo una especie de crujido y luego unas interferencias en la línea. La respiración se aleja del auricular y regresa de inmediato. Una voz cavernosa pregunta:

—¿Inspector Llob?

—Comisario —rectifico.

La voz prosigue tras una breve fluctuación:

—Te invito a seguir en directo la ejecución de un ser humano.

No capto la onda.

La voz añade:

—Tengo delante de mí, tumbado en su cama, a un hombre al que odio a más no poder. Le encantaría poder largarse pero lo tengo atado como un perro a su estaca. Ahora ha dejado de menearse y me está suplicando con los ojos desorbitados. No puede gritar porque lo he amordazado… En cuanto a mí, tengo el auricular en una mano y un bisturí en la otra.

—¡Déjate de polladas! —berreo— Te has equivocado de número, chaval. Aquí no estamos para bromitas. Si estás aburrido, llama a otra parte.

Silencio. La respiración se acentúa, se me eriza el vello de la nuca. La voz parece tragar saliva antes de regresar, gélida y viscosa como una babosa de Indochina.

—No me interrumpas. Me vas a embarullar las ideas y luego voy a estar jodido toda la noche. Cállate, por favor… Estoy concentrado…, escucha.

Lino se fija en la cara de atención que pongo y gira una mano en el sentido de las agujas del reloj para preguntarme qué está ocurriendo. Levanto un dedo para que se quede donde está y cierre el pico.

—Te escucho.

—Ya no recuerdo por dónde iba —gime la voz, repentinamente lloricona.

—Por lo del bisturí.

—Eso es. El fulano la va a palmar. Lo sabe. Yo también lo sé. Lo voy a abrir en canal. Voy a hacer una carnicería. Y cuando lo haya desangrado le arrancaré el corazón. Verdad de la buena, le arrancaré el corazón. Luego me daré una ducha en el cuarto de baño que está aquí al lado. Con toda la tranquilidad del mundo. Y al final te llamaré para darte la dirección.

—¿Quién eres?

Cuelga.

Me quedo unos minutos mirando el auricular como si este fuera a darme alguna pista. Lino coloca una nalga sobre la esquina de mi mesa y vocifera:

—¡Menuda cara tienes, jefe! ¿Algo va mal? ¿Pasa algo en tu casa?

Intento reflexionar, pero las estúpidas ocurrencias de Lino impedirían meditar a un asceta.

Le informo:

—Un fulano me ha contado que va a hacer picadillo a un tipo.

Lino contempla sus uñas de roedor y suelta:

—Hace dos días, alguien me mandó una carta para contarme que mi hija comete todos los pecados capitales del mundo. No había remite de modo que no pude hacerle saber que soy soltero. Rollos de estos los hay por cientos cada hora de cada día. El aburrimiento incita a los *hitistas*[2] a decir idioteces.

---

[2] En Argelia llaman así a los parados y ociosos que se pasan el día adosados a una pared de la calle (*hit*: pared; literalmente, los que aguantan la pared).

—Sí, pero la voz de este tío…

Lino ríe al verme la cara tan descompuesta y añade:

—Este es un capullo que ha visto demasiadas películas, comi. Algo tendrán que hacer los jóvenes para entretenerse. La gente no tiene nada, ni cultura, ni curro, ni aspiraciones. Así que nuestros chicos, tras haber destrozado las cabinas telefónicas, agredido a las chavalas en la calle, recorrido los bajos fondos y pasado una temporada en chirona, se inventan nuevos quehaceres.

Meneo la cabeza.

—Puede que tengas razón.

Intento no tomarme en serio la llamada anónima, pero apenas recuerdo esa voz sepulcral, esa fuerte respiración y ese tono lúgubre tras la llantina, vuelvo a notar pinchazos en la nuca.

Me levanto y me acerco a la ventana. En la calle, cuatro golfillos se entretienen haciendo sombras chinescas en la pared de enfrente. Son el marasmo personificado. Esos jovenzuelos han dejado de esperar al Mahdi. Ya no saben dónde ir ni qué hacer con sus vidas. Las nubes de las prohibiciones les ocultan su horizonte. Ayer eran las colillas y las pelotas de trapo. Hoy puede que sea el kif. En cuanto a mañana, no resulta fácil predecirlo. Ahí están, sosteniendo las paredes para que no se vengan abajo, con un ojo puesto en la tristeza ambiental y el otro vagando entre sueños imposibles; sueltan risotadas para engañar la desilusión y presumen de listos, sumiéndose un poco más cada día en la frustración. Uno de ellos se planta en mitad de la acera y se quita un sombrero imaginario para

hacer una reverencia a una señorita demasiado digna para ser educada.

Compadezco a esta juventud echada a perder.

Lino mira su reloj.

—Son las diez y tres minutos. ¿Me dejas probar suerte en las Galerías?

—Va a volver a llamar.

—¿Quién?

—El tipo del bisturí.

Lino se me coloca al lado y se dirige a mi reflejo en la ventana:

—No irás a creerte esas chorradas, comi. Esos estúpidos informes que tienes sobre tu mesa te están comiendo el tarro. ¿Qué te ha dicho exactamente ese tipejo?

—Que iba a hacer picadillo a un tipo.

—¿Y te lo has creído?

—Para eso me pagan.

—Esto no es el Bronx, comi.

—¡Por Dios, deja ya de llamarme comi! Cállate y déjame pensar.

A los diez minutos suena el teléfono. Me abalanzo sobre él. Es mi mujer para avisarme de que no tendré almuerzo a mediodía si no paso por el mercado antes de volver a casa. Le contesto que no me importa comer en algún garito. Me recuerda que no estoy solo en el mundo. Le prometo que me lo pensaré.

Lino acecha mi reacción.

—¿Era él?

—No.

—¿Lo ves…?

—No, no veo nada —fulmino ya cabreado por la contumaz imbecilidad de mi subalterno.

Vuelve a sonar el teléfono. Es el jefe para pedirme el informe 6015. Lino me enseña cinco dedos.

—Está en el quinto piso, señor.

Seis minutos después vuelve a llamar el fulano. Me cuesta reconocerlo. Ahora respira normalmente y la voz, aunque fría, se le ha aclarado.

—¿Comisario Llob?

—¿Te ha sentado bien la ducha?

—Sí, gracias, pero el agua no estaba lo bastante helada. Bueno, el tipo sigue teniendo los ojos desorbitados y la boca muy abierta. Ha muerto lentamente. Cuanto más lento, más me relajo. Es una especie de terapia. No me he llevado nada aparte de mis cosas y de su corazón. Tampoco he roto nada. ¿Tienes un boli a mano?

—Sí —digo rebuscando febrilmente entre el papeleo esparcido sobre mi mesa.

—Te doy la dirección: calle Hamid Soubiane número diez. Hydra.

—No cuelgues. Quiero hacerte una pregunta.

—Debiste hacerla antes. Ya está bien por hoy. Te volveré a llamar.

2
La eterna cantinela

Vuelvo a leer la dirección en el trozo de papel. Lino mira su reloj, hecho un manojo de nervios. Es como si estuviera conteniendo una necesidad urgente. Lo dejo que se coma la moral durante ciento ochenta segundos antes de preguntarle:

—¿Conoces bien Hydra?

No le da tiempo a contestar. El jefe abre bruscamente la puerta e invade mi territorio como un mastodonte enfurecido. Hace a Lino una señal con la cabeza para que se largue a otra parte. Una vez que ha salido, se vuelve hacia mí e intenta intimidarme con el láser que riela en sus dilatadas pupilas.

—Llob, cuando te pida que aligeres, menea tu puto culo y plántate de inmediato en el tercer piso.

Le sostengo la mirada, bordeo la mesa y me dejo caer en mi asiento.

El jefe es un energúmeno de lo más engreído. Va por la vida tan sobrado de celo que con él podría dar alas a diez revoluciones a la vez. Tiene una jeta de foca ahíta,

unas orejas llenas de cerumen y manos de gañán capaces de levantar por el aire a un gigante. Es ese tipo de individuo que uno fusilaría de buena gana una madrugada lluviosa, solo para animar la calle. Hace veinte años que nos conocemos y jamás lo he podido tragar. Hipócrita, lameculos, pretencioso, tiene el mérito de simbolizar, él solito, toda la farsa de este país.

A veces, en sueños, me veo cargándomelo con un cortaúñas. Cuando me ocurre, me paso el día silboteando, muerto de risa.

Cuchicheo:

—Has pedido el informe 6015, y está en el quinto.

—Precisamente. Debía entregárseme en mano, sin pasar por la vía jerárquica. Mira que te lo dije… Ve ahora mismo a recogerlo. Te espero en el tercero.

Tras lo cual gira como un tornado y se esfuma. En ese preciso instante, el buenazo de ego que tengo vuelve a atender a razones y me reprocha que siga sin solicitar que se me despida.

Ya he sobrepasado la edad de la jubilación y carezco de la longanimidad con la que los jóvenes ambiciosos toleran los caprichos de los jefes cascarrabias y tóxicos. Y cuando intento imaginarme jubilado, vagando entre nostalgias con el jersey echado sobre los hombros por las duras calles de la ciudad, me entra miedo y hago de tripas corazón. Siempre he asociado la jubilación con la antecámara del más allá. Para un anciano, no hay manera de mantener el tipo en un país donde los jóvenes languidecen. La única forma de sortear el ocio y el hastío,

de soportar la vacuidad y el nepotismo que emponzoñan nuestro día a día con su biliosa amargura, es currando como un pringado hasta que te toque espicharla.

A regañadientes, por supuesto, pero con sabiduría, recupero el 6015 en el quinto piso y regreso renqueando a enfrentar nuevamente la jeta mofletuda y canallesca del jefe. Ni siquiera se digna a ofrecerme un asiento. Permanezco de pie y lo observo mientras manosea el informe. Como tiene un nivel intelectual tan inconsistente como las antiguas leyendas, tarda lo suyo en leerse la primera página. El pescuezo se le retuerce con cada frase y se rasca las comisuras de los labios mientras exhala una especie de gruñido. Estoy seguro de que se demora en las mayúsculas, asombrado ante tal ensamblaje de palabras sanas y reiterativas, de comas azarosamente colocadas y de puntos sueltos.

Cansado de mirarlo, reporto mis martirizados ojos sobre las paredes del despacho.

Todo un palacete, señores. Un cuadro de Issiakhem, dos de Meriem Ben, una efigie de Demagh. La bandera nacional está cuidadosamente desplegada entre dos sables *terguis*. Sobre la mesa acristalada, junto a una batería de teléfonos de fantasía, un lagarto de cola espinosa admirablemente disecado me apunta con sus ojos rojos. Detrás de mí, a ambos lados de un velador de Tlemcen, dos majestuosos sofás sobre una espectacular alfombra sahariana.

¡Ay! ¡Si al menos se cubrieran lo más mínimo las apariencias!

El jefe abre un cajón sin despegar el bigote del informe, mete su velluda mano y saca un paquete de Dunhill. Enciende uno con un mechero encastrado en un estuche de mármol y suelta el humo por la nariz.

Al cabo de un buen rato, cuando las rodillas están ya empezando a flaquearme, levanta la cabeza y suelta:

—Este caso está cerrado.

Intento protestar pero me interrumpe con la mano.

—Orden de arriba, Llob. Espero que al menos sepan lo que hacen.

—Seguro que este vuelve a las andadas —protesto—. Es un reincidente y va a seguir adelante con sus fantasmadas. Ahora que sabe que sus fechorías quedan impunes, se va a cachondear más que nunca de nosotros.

El jefe disfruta cabreándome. Es uno de esos privilegios que van con el cargo. Se echa hacia atrás sobre el respaldo de su asiento, cruza los dedos sobre su tripón de concubina embarazada y me obsequia con una mueca sarcástica.

—Te repito que viene de arriba. No tengo ganas de que me monten un pollo. Nosotros hacemos nuestro trabajo. No tenemos nada que reprocharnos, ¿cierto? Si les divierte cubrir las espaldas a un rematado hijo de perra, es cosa de ellos. Un día de estos armará tal follón que el oleaje los barrerá sin darles tiempo a inflar sus salvavidas.

—¿Quieres que te cuente, señor director?

—Guárdate tu saliva para el Ramadán. El caso está cerrado y punto. El padre acaba de llamar. Ha prometido tener bajo control a su retoño. Además, lo va a mandar a Canadá o a Estados Unidos de aquí a una semana.

—Se lo ha ganado a pulso. Eso le pasa por hacerse el desentendido —ironizo—. Sus críos no paran de armar follón en todas partes y lo único que se les ocurre a sus papis como castigo es largarlos a las Américas.

Asqueado, me doy la vuelta y me dispongo a irme. El patrón me llama como se hace con un botones o un taxi y me mira con sus ojos de falso aliado.

—¡Llob, este caso está cerrado desde ya! Cuando salgas al pasillo, lo habrás borrado definitivamente de tu memoria.

Lo pago con la misma mirada y replico:

—La abeja no pica, se suicida. He hecho los deberes. Puede que sea un bocazas, pero no un burro.

—Eso no es todo. Tu solicitud de baja para una cura en el Hammam Boughara ha sido rechazada.

—¿Por qué?

—El presupuesto no da para tanto.

—Normal —digo con amargura—. ¿Con qué si no íbamos a pagar los billetes de avión a esos retoños disipados a los que se exilia una temporada en América como castigo.

—No te pases de rosca, Llob. Guárdate para ti tu resentimiento.

No sé cómo me contengo para no escupir a la cara de ese pedazo de capullo. Agacho la cabeza con disciplinada resignación y regreso a mi despacho, donde pillo a Lino parloteando por teléfono con una chavala a pesar de las consabidas restricciones. Apenas aparezco, se apresura en llamar Alí a la chica, se despide y cuelga.

—¿Qué quería de ti el jefe?

Me aflojo la corbata para dar alivio a la nuez, que se me ha disparado con el cabreo, y me derrumbo en mi asiento.

Lino se rasca bajo la oreja sin dejar de mirarme.

—Ha debido de montarte un pollo de mucho cuidado. Tienes una cara que pondría lívido a un burócrata corrupto.

—Déjalo ya, Lino. No estoy para tonterías.

Ahora mismo paso hasta del fulano del bisturí. Me repugna mi trabajo. Si por mí fuera, lo mandaría todo al carajo. Y ya no me acojona imaginarme jubilado con mi jersey echado sobre los hombros. No hay quien trabaje en un ambiente tan insano. Por un lado, enchironamos a los catetos que se plantan en la capital para pasarse de rosca, y por otro permitimos que auténticos cabritos anden sueltos porque unos mandamases se dan golpes de pecho y prometen enviar a sus pervertidos bastardos a algún que otro país de ensueño como castigo. Es algo que me saca de quicio. Hace apenas dos semanas, detuve a un capullito por haberse atrevido a decir lo que todo el mundo piensa para sus adentros. Le echaron treinta días por soltar un par de idioteces. Y ahora deciden archivar un delito de conducción en estado de ebriedad que ha costado la vida a tres chavales. ¡Qué asco!

Sin darme cuenta, hecho un manojo de nervios, me arranco la corbata y acabo con ella hecha una bola.

Lino llama al ordenanza y lo manda a por café. Al rato regresa con unas tazas descascarilladas y nos sirve

sin atreverse a mirarme a la cara. La verdad es que tengo acojonado a ese capullo que el jefe me ha asignado solo para espiarme.

Lino me tiende un cigarrillo.

—¿Quieres que te diga algo, comi? Te cabreas por nada y menos. Como sigas amargándote por las capulladas ajenas, se te acabará yendo la pelota y ya no valdrás ni para dar caza a esos golfos crueles y bromistas. Limítate a cumplir con tu santa conciencia. Haz tu curro y no te metas en lo que no es cosa tuya. Lo vi venir de inmediato cuando pidió el informe 6015. No es culpa tuya ni mía que haya gente que se pase las leyes por el forro. Así es nuestro sistema. Y el sistema es una mentalidad. No se puede cambiar así porque sí, y menos aún cuando tiene tan acojonada a la buena gente incapaz de rechistar.

—Cállate, Lino.

—Preocúpate solo por tus hijos. Serán los únicos en echarte de menos. Y pasa totalmente de todos los demás. El día en que el inspector Tahri nos suplicó que denunciáramos las fechorías del jefe, nadie se movió para apoyarlo. Ni tú, ni yo. Ni nadie. Fue el único en alzar la voz y todos pensamos que estaba medio chalado. Y cuando pasó por un consejo de disciplina, no hubo quien se prestara a defenderlo. Hoy, Tahri duerme su mona de borracho traicionado en las mazmorras de la ingratitud y nadie se apiada de él.

Me quedo mirando a Lino. A veces le da por ser lúcido y su apariencia de buena gente me conmueve. No se le va la sonrisa de los labios. Sabe que tiene razón, pero

sabe además que su discurso me ha llegado al alma. En parte para agradecérselo y en parte para vengarnos del otro, me incorporo y le suelto:

—¿Qué te parece si vamos ahora a recoger nuestros frigoríficos?

Lino suelta una exclamación alzando triunfalmente los brazos y se apresura a abrirme la puerta.

Así es cómo acabo olvidando siempre las putadas de la vida.

ÍNDICE

1. La muerte en directo 9

2. La eterna cantinela 21

3. Algo nada bonito de ver 29

4. No vayáis a Riad 43

5. El loco se mosquea 57

6. Llueven golpes bajos 69

7. El reposo del guerrero 81

8. No hay que perder la esperanza 89

9. La casa del Diablo 99

10. Loco o no loco 109

11. Buscando a Fa profesionalmente 121

12. La noche infernal 133